

E. MIRET MAGDA LENA

La semana pasada tuvimos una mesa redonda varias personas relacionadas con el catolicismo activo, o que estuvimos relacionadas con él. Estuvo entre los participantes un obispo amable y comprensivo, Monseñor Torija, responsable de los movimientos de apostolado seglar, y un sacerdote, Miguel Benzo, hoy consiliario de la que fue famosa A. C. N. de P. en la historia del catolicismo patrio de anteguerra. El tema fue elegido por el infatigable Juan Luis de Simón Tobalina, quien llevaba la marcha de esta mesa redonda. En ella se trataba de comentar la crisis religiosa, y la crisis del apostolado seglar en España, con el fin de intentar una revitalización del catolicismo activo en el país.

Cuando estaba sentado entre estos beneméritos "apóstoles", daba yo, mental y efectivamente, un salto de diez años por lo menos, y me daba cuenta de lo mucho que ha pasado por nuestro catolicismo hispano, y a la decaída situación a que hemos llegado.

Y yo, que siempre fui considerado como una oveja negra en mis años de Acción Católica, me sentía profundamente desplazado de esta reunión. Porque no podía evitar sacar espontáneamente la conclusión de que estábamos "empezando" los católicos una vez más. Nuestro sino parece aquel perpetuo comenzar, como les pasó a los baturros del cuento, reunidos para tocar una jota con sus bandurrias y a quienes amaneció templando.

Nuestra Iglesia española está vieja, pero con una vejez de la que no se da cuenta. Cree que puede estar haciendo como si fuese joven; se autoengaña perpetuamente haciendo pinitos juveniles, y tiene que convenirse de una vez que su transformación debe ser hecha, por fin, a fondo, o si no, pronto vendrá la agonía, que a mí me parece que ha comenzado ya. La muerte total, pensamos los creyentes que no ocurrirá, pero su situación futura puede ser tan minoritaria y modesta que apenas tenga vigencia entre los hombres que vienen, los de esas generaciones jóvenes que componen hoy más del 50 por 100 de la humanidad, y que mañana serán los hombres clave de la sociedad.

Nada tiene esto que ver con el tema de mi artículo anterior: los variados abrazos de Vergara que se están produciendo en nuestro país. El de lo eclesialístico entre sí —ahí están las proyectadas reuniones conciliadoras de obispos en El Escorial—; el de lo civil entre sí, con sus promesas de participación, y el de lo civil y eclesialístico, produciendo la distensión entre las fuerzas que se abrazan, después de un período en el que se sentía incómodo el episcopado.

Todo ello se encuentra, sin embargo, en la superficie del problema religioso. E incide en él como una anécdota más del contexto real de nuestro catolicismo; pero no debe uno creer que es lo más determinante en este problema que nos preocupa a los hombres que todavía somos religiosos, que cada

vez somos menos en el mundo actual, y que todavía disminuirémos más en un próximo futuro.

Hay una raíz —entre otras varias— en toda esta problemática, que es el conflicto entre experiencia interior y estructura exterior. La experiencia religiosa, la vivencia y llamada de lo absoluto, se acompaña cada vez peor con la fuerza de freno y conservación que supone la institución eclesialística, con su juridicismo, legalismo, ordenancismo y —en general— con su afán de proteger sus grandes estructuras y defender la situación de privilegio adquirida a través de los siglos en nuestra patria.

Schleiermacher fue quien más insistió, hace casi dos siglos, en la llamada de lo absoluto como elemento básico de la experiencia religiosa. Y es verdad que las Iglesias, mejor o peor, en épocas anteriores todavía conservaban una tradición espiritual, que —en medio de mil trabas e impedimentos externos sofocantes— transmitían.

¿SE ALEJA LA RELIGIÓN?

Pero hoy hemos llegado a un estado tal de morbosidad, a través de la preocupación y discusión suscitadas por nuestros problemas internos de estructura, que hemos dejado en el camino casi toda esa experiencia espiritual que algunos hombres anhelamos profundamente; pero que la anhelamos sin las alharacas de renovación puramente exterior, o de neurótica compulsión profanizadora que, a modo de "strip-tease" eclesialístico, invade a algunos creyentes españoles, que se desprenden de todo su ropaje, sin conservar ese necesario elemento interior después de este ejercicio denudador necesario.

En cambio, recogen estos anhelos de experiencia profunda los protestantes de Taizé, que saben atraer con sencillez espontánea, sin triunfalismo ni técnica alguna, a grandes masas de jóvenes; o los grupos de influencia oriental —no me refiero a las extravagantes evasiones que frecuentemente vemos con nombre hindú—, y que enseñan el silencio creador del espíritu y nuestra puesta, en forma para superar el perpetuo conflicto y angustia íntima en que vivimos los occidentales; o esas masas juveniles de la Revolución de Jesús, o la revitalización pentecostal —la más discutible de todas estas experiencias— del conservador catolicismo americano, que no dejan de lanzarnos un reto a los que estuvimos reunidos en amable diálogo, pretendiendo una nueva fase activa para nuestro catolicismo.

Yo mismo tengo una experiencia —no por modesta menos significativa— de lo que quiero decir. Este año doy el tercer curso sobre "Revolución de la Moral" a un grupo numeroso, de jóvenes sobre todo —varios de ellos ateos o dudosamente creyentes—, que siguen con sumo interés y participación personal una visión crítico-constructiva de la moral, sin tapujos, matices, ni mediatizaciones, sino con palabra que pretende ser lo más clara, independiente y sincera posible. Y en estos cursos me refiero constantemente a lo que aprendí en la tradición espiritual del cristianismo, despojada de su ropaje infantil o de su exigencia legalista, y que tiene una real acogida vital entre muchos de mis alumnos. A lo que no están dispuestos es a que se quiera organizar todo ello bajo el molde de un nuevo "clericalismo" —aunque estuviere en mano de laicos— que sea dominador o mediatizador de esta experiencia íntima.

Y tampoco podemos esconder la cabeza debajo del ala y animarnos falsamente pensando que todo va a volver como antes, aunque sea de una manera renovada, vertiendo unas gotas de una nueva y estimulante pócima eclesialística. A mí, cuando estoy en este tipo de reuniones —que cada vez rehúyo más—, me parece que nos engañamos mutuamente pretendiendo escamotear el verdadero problema, el de la experiencia y exigencia de absoluto, que es el trasfondo religioso que algunos hombres —pocos o muchos— seguimos teniendo.

La gran cuestión es que todo esto requiere una conciencia alerta y un desarrollo mínimo de la propia intimidad, de esa intimidad que —como demostraban Guizot, Hegel y Ortega— es el descubrimiento básico del cristianismo. Sin ella no hay religión; sino magia, superstición o superchería evasiva como sucedáneo de la misma.

Y sobre ello debemos hacernos también otra nueva pregunta: ¿favorece nuestro mundo actual de automatización masificadora, cultura de medios de comunicación de masas y sugestivos procedimientos audio-visuales, esta intimidad?

Y debemos contestar con toda sinceridad a tal cuestión, diciendo claramente que nuestra sociedad contemporánea occidental es mal clima y peor ambiente para el cultivo de la experiencia íntima religiosa, que poco a poco se va refugiando en unos pocos solitarios que quieren escapar de este alienante mundo automatizado, sin respetar el sentido humano, que invade el mundo civilizado, o en esos grupos juveniles de no violentos inconformistas de la sociedad, de pacíficas comunas religiosas, como los americanos hijos de Dios, que buscan algo y las Iglesias no se lo proporcionan, porque éstas no saben salir de su eterna mirada al propio ombligo de ese gran cuerpo eclesialístico, centrado casi sólo en exigencias, privilegios y normas exteriores para auto-proteger su grandiosidad.